

ARTURO GAYUELA PELLIZZARI.

L A DERROTA DE **B** LAST.

CANTO ÉPICO.

Composición premiada en el Certamen Científico-Literario
y Artístico celebrado en Pamplona el 15 de Julio de 1886, bajo los
auspicios del Excmo. Ayuntamiento.

PAMPLONA.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE R. BESCANS,
Mercaderes número 25.

ARTURO CAYUELA PELLIZZARI.



LA DERROTA DE OLAST.

CANTO ÉPICO.

*Composición premiada en el Certamen Científico-Literario
y Artístico celebrado en Pamplona el 15 de Julio de 1886, bajo los
auspicios del Excmo. Ayuntamiento.*



PAMPLONA.

IMPRESA Y LIB. DE REGINO BESCANSÁ,

calle de Mercaderes núm. 25.

1886.

*A los eminentes artistas navarros,
Jacmos. Pres. D. Emilio Azu-
rieta, D. Pablo Sarasate y D.
Julian Gayarre, en prueba de respeto
y entusiasmo.*

EL **A**UTOR.

DICTAMEN DEL JURADO CALIFICADOR

ACERCA DE LA PRESENTE COMPOSICION PREMIADA. (1)

Por el 8.º número del programa se concedía una lira de plata al autor del mejor canto épico en verso castellano inspirado en algun acontecimiento glorioso de la Historia de Navarra; y dos son los autores que aspiran á ese premio.—El 1.º ha presentado un poemita titulado “Glorias navarras,, con el lema “el patriotismo es la Religión de los pueblos,, y se ocupa de la batalla de Roncesvalles; el 2.º, bajo el lema “¡gloria á la patria!,, presenta un poema, quizá demasiado largo, que titula “la derrota de Olast.,—Aquel no ha llenado, á juicio del Jurado, las condiciones del Certamen; el poema del último presenta en cambio bellezas apreciables y merece, sin duda de ningun género, el premio señalado.

(1) Si el autor de algun trabajo premiado lo imprimiere por su cuenta deberá hacer figurar á la cabeza del impreso el dictamen del Jurado Calificador.



LA DERROTA DE CLAST.



CANTO ÉPICO.



¡Gloria á la patria!

INTRODUCCION.

—
¡Oh! tú, numen glorioso del libre país mio
que del vascón poeta inspiras el cantar,
para que, en dulces notas, ensalce el poderío
de esta raza valiente que al mundo hizo temblar:

—
¡Oh! tú, divina Diosa que, indómita y guerrera,
das armas al que lucha por su sagrado honor
y por su hogar bendito, donde jamás impera,
jamás, el yugo infame del vil conquistador:

—
¡Oh! tú, de las montañas rumor santo y glorioso
que sin cesar pregonas los triunfos de la fé
y los excelsos timbres del pueblo victorioso,
cuyas primeras glorias atónito canté:

Dad notas á mi lira, vigor á mi lenguaje;
dad del torrente el eco á mi cansada voz,
y al plectro, siempre indócil, el varonil coraje
que muestra de las lides el impetu feroz.

Del mágico suspiro del bosque y de la fronda
dadme la triste queja que endulce la asperez
del canto de batalla, y sin cesar responde
á su tonante grito por una y otra vez.

Cededme la armonia que ilustres hechos narra,
esa potente fuerza que al vate hace sentir
para cantar al mundo las glorias de Navarra,
que en mármoles y bronce logró siempre esculpir.

¡Euskaria! qué entusiasmo ante tu nombre siento;
cómo tu amor me incita, que en vano es contener,
y cuál, ante tu gloria, sublimase mi acento
que canta tus hazañas, que canta tu poder.

Las peñas de tus montes, las flores de tus valles
guardan memoria eterna de tu bizarro ardor,
y hasta ese mismo cielo, que amante te cobija,
más puro se destaca si alumbrá tu valor.

El sol, con cuyo fuego se inunda la montaña
del éuskaro invencible, pregoná tu piedad,
y el rayo que en su disco flamante centellea
forjá el hierro que alcanza victoria y libertad.

¿Qué pueblo te ha vencido? ¿Qué raza te ha humillado,
si, para tí, cadenas no forjá la ambicion,
y aquellas que posees, de un triunfo memorable,
son glorias y son timbres que esmaltan tu blason?

¡Navarra!... ¡Patria mía!... mi voz hasta tí llegue;
dame del genio un átomo para cantarte aquí,
y el mundo, que se postra ante tu invicto nombre,
aclame con asombro la tierra en que nació.



1.º

Hueste agarena que el Pirene cruzas
fugitiva, sangrienta y desbandada:
¿á qué horrible pavor domas tu hierro,
victorioso y triunfante encien batallas?

¿Quién insulta tu ley? ¿Quién, atrevido,
osa oponer á tus invictas armas
el acero que cruje y centellea
segando vidas que el coraje guardan?

¿Por qué hostigas, furiosa, los corceles
que, émulos del simeun, rápidos marchan,
y á su febril galope, estremecida,
retiembla en sus cimientos la montaña?

Huyes, presa de horror, porque en Narbona
del franco rudo la temible espada
rompió tus haces, como troncha el viento
tosco vallado de impotente caña;

y aunque invocas á Alá y en tu carrera
la adusta suerte sin descanso llamas,
y prometes vengar en nuevas lides
el deshonor que la derrota causa,

hay un pueblo valiente que no ignora
tu fuga vil, y en su recinto aguarda
dar á entender que el triunfo que apetece
jamás se logra en la región Euskara.

Porque en esa región, nunca lo olvides,
consecuente á su ley, mora una raza
cuyo inmenso valor deshace en trizas
el yugo odioso que los pueblos fraguan.

Pacífica, ya véis, abre los surcos
del fértil suelo, en que la mies dorada
fructifica y sazona y se convierte
en grano rico que el comercio aguarda;

pero ¡guay! si, insolente, la provoca
quien sueña, necio, reducirla á esclava;
¡guay! del que, torpe, sus montañas pise
y sus valles poéticos invada;

pues entónces, sumisa, ya la reja
del fuerte arado se convierte en lanza,
y ese es del hierro de las razas libres
el que mejor su independencia salva.

Su enlutado crespón la noche extiende;
solo el rumor de las ferradas plantas
del indómito potro del desierto
turba el tranquilo hogar, donde descansa

el vasco montañés; y por doquiera
que, al ronco grito del muslin, se lanza,
dócil al acicate que le hiere,
cruzando riscos y salvando zanjas,

confusos ecos de la enhiesta cumbre
nacen y crecen, y veloces marchan
al sagrado lugar donde, potente,
se escuda el genio protector de Euskaria.

De la cóncava peña en la hendidura,
do brota el líquen y los musgos plantan
su fibrosa raíz, retumba el eco
que produce la impía cabalgata.

Su insólito rumor, que no fenecce,
ni se amengua, ni extingue ni se apaga,
informes ruidos á prestar acude
á la honda sima que el torrente baña.

Rocas, movidas de su eterno asiento,
ruedan del monte, al precipicio bajan,
se entrechocan del fondo en la negrura,
donde las iras del infierno braman;

y aquel eco disforme que resuena
en la sima, en el aire, en la montaña,
ser parece la voz de un pueblo libre
que su torpeza al invasor demanda.

Pálidos de terror, mudos de asombro;
oculto el hierro que en la lid menguada
supo embotar los acerados filos
que el rojo fuego de Bagdad templara;

como legión de perseguidas sombras,
cual fatídica sombra de fantasmas
que Averno crea y los espacios hiende,
Satán conjura y los abismos mandan,

los fugitivos árabes no cejan
en su veloz, vertiginosa marcha,
que el firme potro *bereber* sostiene
vertiendo espuma y vomitando rabia.

Suelta la húmeda crin, que el viento agita:
roto el hjar, donde la sangre mana,
tendida al cuello la flotante rienda
que más impulso á su galope marca,

el salvaje corcel rompe ligero
la densa bruma que el camino empaña,
fingiendo ser de la nocturna sirte
monstruoso genio en que *Aridón* cabalga.

Cada peña del monte desprendida,
cada risco saliente, cada mata
es invencible muro que detiene
la inicua ley de la ambición bastarda.

El valladar que la Vasconia eleva,
testigo mudo de la torpe infamia
del guerrero muslin, nunca es de aquellos
que se evitan, se tuercen ó se salvan:

pues hay algo mejor que lo defiende
y lo forma y lo junta y lo destaca,
el designio de Dios, cuya grandeza
al libre escuda y al valiente ampara.

De Abderraman la fugitiva hueste
ver proyecta de Córdoba y Granada
el risueño pensil que el Darro besa,
el Bétis cruza ó el Genil retrata.

Pero loco es ¡oh! rey, tu afán postrero;
 loca la idea que tu mente asalta
 mientras haya navarros que peleen
 por defender su independencia patria.

De tu templado alfanje damasquino
 ¿qué importa el hierro que la muerte causa,
 si la güecia vascona es mejor hierro
 que el triunfo logra y la victoria alcanza?

Misero Abderraman; busca otra senda;
 no el suelo cruces que escondido guarda
 todo el fiero valor que el mundo teme
 y á cuyo empuje se amedrenta y calla.

Bajo el limo que pisas, en el monte
 que sobre tí su pabellon levanta
 de duras peñas y erizados riscos,
 donde el vuelo caudal tienden las águilas,

hay una tumba abierta; allí los genios,
 hartos de furia, en su coraje cavan
 hondo lugar, en que impotente gima
 de inicuos pueblos la ambición tirana.

Roncesvalles fué ayer; jamás lo olvides;
 su roja tierra en que la sangre cuaja
 de necios invasores, hoy sedienta
 como entonces está; nunca se sacia.

En sus punzantes riscos los vascones
 vencer lograron á las huestes francas,
 y allí yace un jiron del manto regio
 que encubrió la derrota de un monarca.

En la cumbre gigante, á que tu asciendes,
 los cetros y las púrpuras no salvan
 cuando el grito inmortal de independencia
 cruza libre los montes de Navarra.



2.º

Su primer beso á la rosada aurora
 aún no dió el sol y la lejana bruma
 medrosa asciende del profundo valle,
 que en triste y vaga claridad se inunda.

Por la bóveda azul del alto cielo
 canoras aves sin descanso cruzan;
 ignorados matices en sus alas
 copia el reflejo de la luz difusa,

y en grupo seductor las de topacio,
 de zafiro y coral, nácar y púrpura
 flotantes nubes, al cenit se elevan
 y del piélagos inmenso el éter surcan.

Casi escondida por las verdes hojas
 del añoso encinar, donde se ocultan
 los sentidos y amantes ruiseñores
 que el primer rayo de la luz saludan:

bañada por la linfa trasparente
 del manso arroyo que los campos surca,
 y aspirando el perfume lisonjero
 que roba el aura á la modesta juncia,

una borda se eleva; humilde y pobre
 no dá á entender que en su recinto cunda
 la abundancia del bien, cuyos halagos
 á su antojo reparte la fortuna;

pero su dulce aspecto, su limpieza
 y hasta su misma posición auguran
 sencillos goces de apacible calma,
 que en la virtud y en la honradez se juntan.

De la rústica puerta en los umbrales
 y al fulgor indeciso que dibuja
 el tinte vago de la luz naciente,
 que el monte baña y la floresta alumbra,

un grupo se distingue en que dos seres
su solo afán y su ambición subyugan
al tierno lazo del amor que alegra,
como dicha sin fin que el alma busca.

Lo compone un mancebo en cuyo labio
apenas casi si fugaz despunta
ligero bozo que el aspecto hombre
de la temprana edad, que amores gusta,

y una doncella de gentil donaire,
sonrosado color y frente pura
como el aroma que en el campo exhalan
las bellas flores que doquier pululan.

—Licia: ¿qué tienes? di; clama el mancebo;
¿Por qué tus ojos la alegría ocultan
del alma bien que nuestros pechos sienten
y, al mirarme, con lágrimas se nublan?

—¿Sufres algún pesar?

—Si tú te alejas
¿cómo no he de sufrir la desventura
que en mi llanto sorprendes y ahora nace
por el fiero dolor que me atribula?

—La patria exige que al combate vuele
quien, con ansia febril, la güecia empuña,
y es deshonra vivir y no ampararla
si el santo grito de su voz retumba.

—Pero... puedes morir.

—Nada me importa;
en Euskaria nací, mi vida es suya
y no hay muerte mejor que la que el vasco,
por verla libre, en el combate busca.

—Y entre tanto... ¡mi amor!...

—No así te aquejes
mi Licia amada, y el acento escucha
del que, solo por tí, ruega á los cielos
favor y amparo que en el triunfo ayuda.

Las blancas azucenas de tu rostro
encendido color ya no disfrutan,
pues el rojo clavel que las trocaba
triste me enseña su corola mustia.

Pálido no he de verle, y, si me adoras,
encienda rojo tus mejillas puras
para mostrar que del cariño amante
sublime fuego en su matiz aduna.

Tú y mi madre; las dos vuestras plegarias
dirigiréis á Dios cuando, sañuda,
la hueste euskara al enemigo artero
combata ya con entusiasmo y furia.

Un instante tras otro en vuestra mente
el recuerdo tendréis de quien, hoy, jura
no abandonar la güecia en que Navarra
fia su honor, que Abderraman insulta.

Si triunfo y vivo, volaré á tus brazos;
volveré á ver en las miradas tuyas
todo el goce sin fin que guarda el cielo
para quien sabe amar y amor subyuga;

mas... si muero en la lid; si, ensangrentado,
de la agonía en la terrible angustia
tu semblante recuerdo, y á mi patria
doy el último á Dios, cuando sucumba,

entonces... no lloréis; porque la mengua
que se debe llorar, como ninguna,
es la del miedo, que indolente fragua
servil cadena que el vascón reusa.

—Harto comprendo y sé que la Vasconia,
incitada á luchar, llame en su ayuda
los bravos hijos que su honor, defienden
contra una raza que humillarla juzga.

Harto tambien conozco que tu brazo,
que el fuerte acero vengador empuña,
debe probar su esfuerzo en donde todos,
por su hogar y su ley, fervidos luchan;

pero la sangre que verter dispones
en sacrificio de la patria angusta,
esa... tu amor alienta, y, si perezcas,
¿para que vivir ya, no siendo tuya?

—Mia serás; por libre, por honrado,
mas tu cariño crecerá sin duda
como crece la luz que tiñe el valle,
rompiendo el velo de la densa bruma.

Si, cual yo, los que adoran no partiesen
á donde el grito del deber se escucha,
y dieran á su amor más esperanza
que invicto esfuerzo á la batalla ruda,

¡pobre Vasconia! entonces, no los hierros
del tosco arado que la tierra surcan
brillarían al sol, sino, cobardes,
los que al esclavo la garganta anudan;

y no es Navarra, no, la que consiente
cadena infame que el honor sojuzga
si hay vida que perder, y aun sobra fuerza
para cavar el hueco de una tumba.

—Libre quiero, Rotron, al que me adora;
parte, pues, á luchar; detén la furia
de esa malvada hueste del Profeta
que el torpe afán del esterminio anuncia.

—Eres digna del hombre que te quiere;
tú alientas mi valor, las frases tuyas
candente fuego á mis arterias traen,
más vivo que el del sol que nos alumbra.

Arrojo y entusiasmo; no, fiereza
para vencer á la insolente turba
que mis lares holló, tu Rotron tiene
con este fuego que su sangre inunda.

Al santo grito de ¡venganza y guerra!
los hijos de Roncal su hierro aguzan,
y monte y valle, en sus rugidos fieros,
baldon terrible á la morisma anuncian.

Por doquiera que vá su rabia crece,
su mal estalla, su poder retumba,
y al rojo tinte del voraz incendio
que, inicuo, causa en su tremenda furia,

indómito, feroz y arrebatado,
cual tigre hambriento que rugiente ahulla,
víctimas que inmolar á sus antojos,
con ruin coraje, en la montaña busca.

Mas ese mismo resplandor siniestro,
que su rapaz devastación alumbra,
es el que avisa al vasco, el que provoca
rudo combate y gigantesta lucha.

Catarata que ruga y que no cede
es su indomable ardor; monte y llanura
alzan ya nuevos muros do se embota
todo el poder que la perfidia impulsa:

y hasta ese fuego que los campos quema
y el aire abrasa y la montaña surca,
no en cenizas convierte lo que, airado,
pretende Abderraman que se destruya.

Una chispa conserva: ella, tan solo,
poder bastante en su recinto oculta
para abrasar al enemigo artero
cuando la voz de la venganza cunda.

—Y abandonada y triste, en este valle
¿sola me dejarás?

—No pensé nunca
pasto hacer de cobardes invasores
el dulce amor que mi esperanza ayuda.

Cuando brille mejor el sol naciente
y en este valle esplendoroso luzca,
sin honda pena que el dolor retrate,
ni rudo enojo que la mente turba,

á Roncal partirás: allí te espera
mi pobre madre: su cariño escuda
tu vida y tu inocencia, entre sus brazos
el duelo cesará que ahora te angustia:

Y uniendo á sus tiernísimas plegarias
la dulce voz de tus amantes súplicas,
con incesante afán ruega á los cielos
por la victoria que Rotron augura.

—Allí te aguardaré; pero... no tardes;
triste presentimiento, incierta duda
siente mi corazón.

—Pueril quebranto,
causa, al fin, de la ausencia que atribula.

—¡Adios, Rotron!

—¡Adios! mi Licia amada.
Triunfante volveré.

—La Virgen pura.
guarde la libertad en que Vasconia
su dicha alcanza y su grandeza funda.

—Piensa en mí.

—¿Cómo nó, si erés mi dueño?

—El conserve la fé que amante juras.

—El tu existencia guarde.

—Nada temas;
lucho para triunfar; mi causa es justa.

Dijo el mancebo; la doliente joven
le vió partir, y, en su tristeza suma,
al cielo dirigió tierna plegaria
que en dulces ecos la oración formula.



3.º

Ya no es el sol el que ilumina el valle
reflejando su hermosa esplendidez
sobre las aguas del tranquilo arroyo,
la fuente pura y la dorada mies.

Huyó su luz, y entre la opaca sombra
que la noche desliza por doquier,
cual funebre crespón que enluta el cielo,
la triste villa de Roncal se vé.

Silencio aterrador en sus moradas
domina ya; de la montaña al pié
un pequeño santuario se descubre,
casi oculto entre tanta lobreguez,

y allí, en la cumbre, la rojiza hoguera
á la lucha provoca al roncales,
al navarro invencible que pregona
su noble arrojo y su entusiasta fé.

De la ermita ante el ara, dos mujeres
á Dios elevan su plegaria fiel,
y el triste llanto que sus ojos nubla
es presagio de inicuo padecer.

Una es Licia, la amante infortunada
del mancebo vascón, cuyo poder
no bastó, no, para librar su vida
del hierro vil de la moruna grey;

y la que al cielo su oración dirige,
trémulo el labio ante el perdido bien,
es la madre infeliz del que á la patria
sacrificó su indómita altivez.

Más que la sombra que la nave envuelve
otra existe, fatídica, á la vez:
la del dolor, la del pesar sin límite
que, airado, estalla por su inicua ley.

La primera con luces se disipa,
la segunda es eterna, no hay poder
que quebrante su forma, pues reside
donde no hay luz para que brille el bien.

La capilla, el altar, hasta el reflejo
del rojo cirio que alumbrar se vé
la imagen de la Virgen, todo es lúgubre,
todo siniestro y pavoroso és.

Fronia, la pobre madre, aun no ha perdido
esa vaga esperanza que es sostén
de la indomable fuerza; aun se resiste
su infinita amargura á comprender;

y dudando si dar crédito alguno
á la anunciada muerte del doncel,
con febril ansiedad, creyente aguarda
verle de nuevo, invicto, aparecer.

¡Inútil esperanza! ¡triste madre!
cierto y terrible el infortunio es;
cierto así mismo el duelo que hoy redobla
los lutos del cendal de tu viudez.

De improviso, á lo lejos, el galope
débil al comenzar, claro después,
cuya carrera la distancia acorta,
se percibe de indómito corcel.

Fronia y Licia, movidas de un deseo
que alienta su temor y su interés,
abandonan el ara, y de la ermita
se adelantan, febriles, al dintel.

Del gótico portón en los umbrales
se detienen, escuchan; por doquier
tienden ambas sus ojos, interrogan
la oscuridad, y aproximarse ven,

negro como la noche en que se envuelve,
un alazan, y cabalgando en él
un guerrero vascon, que lo refrena
con dura mano y sin igual poder.

Entonces Fronia á sus encuentros sale,
y antes de que el jinete ponga el pié
en el ferrado estribo y se disponga
á desmontar, exclama:

—¡Garcí Osés!

—¿Quién mi nombre pronuncia.

—Yo, la madre
de tu amigo Rotrón. Habla: ¿que es de él?
Nada me ocultes; di, que es la zozobra
el martirio peor que puede haber.

—Ya sabréis la noticia.

—Con que: ¿es cierto?

—Cierto, Fronia, tu mal, y no hay doblez
en pecho alguno que, traidora, calle
lo que, horrible, por fin has de saber.

—Impaciente te escucho.

—Esta mañana
partió Rotrón, á su consigna fiel,
á la borda de Altum, donde se encuentra
la hueste euskara que acaudilla el rey.

Era su objeto prevenirle, entonces,
que aguardase el refuerzo roncalés
que nuestra villa manda, porque el triunfo
más se asegure en su decoro y prez.

Bien su encargo cumplió; pero al regreso,
el término de Altum al trasponer,
fué sorprendido por la tropa infame
del maldito Califa cordobés.

No indefenso Rotrón, luchó valiente
como sabe luchar quien ama y cree
y es noble y, además, tiene en sus venas
la fiereza del vasco montañés.

Pero, inútil afán; lleno de heridas,
casi inerte, rendido, sin tener
quien su esfuerzo amparase, cayó en tierra
vencido por las armas del infiel.

Sabedor de la nueva, á su socorro
con tus deudos y amigos me lancé;
mas era tarde ya; Rotron moría;
yo recogí su aliento postrimer.

En su pálida diestra una reliquia
apretaba convulso; ahí la teneis;
tinta en su sangre está; mañana mismo
de esa sangre venganza tomaré;

exclamó el narrador, mientras que Fronia,
sumida en llanto y en dolor cruel,
triste exhalaba sus dolientes quejas,
perdido el fuego de la blanca tez.

Y la inocente Licia, como rosa
que el tallo inclina á punto de nacer,
mustia y deshecha al huracan bravio
que rompe airado su fugaz sosten,

lloraba por su amor, por su perdida
esperanza de gloria y de placer,
por su horfandad, por elpreciado goce
sentido, acaso, por postrera vez.

Secó Fronia sus lágrimas; el rostro
volvió, airado y terrible, á Garci Osés,
y, con potente voz, cuyo sonido
hizo al monte y al valle estremecer,

dijo, presa de afan:

—Del hijo mio,
muerto en liza cobarde por la grey
del bárbaro invasor, quiero mañana
la justa y sola vengadora ser.

Pronto lucirá el sol; su ardiente rayo
dará más fuego á la implacable sed
que mi pecho devora, y la venganza,
cuál la perfidia vil, pública haré.

Güecia de doble filo que en mi diestra
vibre sañuda con mortal poder
y envidiado vigor, será en Ollati
rayo que abraza á la legion infiel.

Blandiéndola terrible, á donde quiera
la muerte y el estrago llevaré,
porque el mártir Rotron, desde su tumba,
goce en el triunfo que lograr debeis:

y los hijos de Agar lleven al Betis,
con el rubor que la derrota dé,
un amargo recuerdo que pregone
la venganza sin fin de una mujer.

—Vé que expones la vida.

—¿Y qué me importa
hacienda y vida y libertad perder,
si he perdido en Rotron cuanto adoraba
y eterna noche mis pupilas ven?

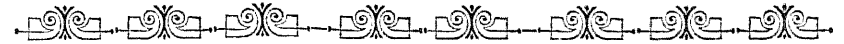
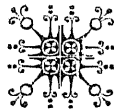
—Pero... huérfana yo; sola en el mundo,
sin tu apoyo y tu amor ¿dónde podré
el cariño encontrar que me ha negado
la suerte airada, qué terrible ves?

—No temas, Licia: poderoso escudo
de tu triste horfandad pretendo ser,
pues no hay honda ni lanza que me hiera
si, altiva, cumplo justiciera ley.

Ya escuchas, Garci; al despuntar la aurora,
con el bravo refuerzo roncales
que ha de unirse á Fortun, partirá Fronia:
todo á esas horas prevenido ten.

La independencia vasca está en peligro:
es forzoso luchar para vencer;
nuestra sangre es la sangre de la patria;
pronto por ella á derramarla, pues.

Dijo Fronia; y el eco de los valles,
herido por su voz, raudo tambien
fué repitiendo el sacrosanto grito
de patria, hogar, independencia y fé.



4.º

¡Sus!... al arma, vascon; la güecia empuña,
que sierra y valle en enemigos hierbe,
y airado fuego en la montaña brota
que el aire abrasa y la llanura enciende.

El odio atiza que tu pecho guarda,
febril combate á la moruna hueste
y el duro ardor que en tus arterias vibra,
con insólito afan, salga á torrentes.

Lava que del volcan súbito arroja
el hondo cráter, y el espacio envuelve,
rueda por la colina, inunda el llano
y allí la furia de su lumbre vierte:

torrente mugidor que lucha y brama
y entre espumas se agita y se retuerce,
y más violento la montaña azota
cuanto más, iracundo, se contiene,

sea vasco tu ardor; de iras preñada
luce la tempestad; las que en tí penden
con fuerza estallen y el pavor difundan,
la rabia aticen y el estrago aumenten.

No con fuerza mayor rugen los mares
cuando, terrible, el huracan suspende
su negra luz y las hinchadas olas
en su espumosa cárcel se revuelven,

cual fiera ruge la legion euskara
que el valle cruza con valor potente
vibrando el hierro que la diestra esgrime
y honor y patria y libertad defiende.

Fortun García su vanguardia forma
de atrevidos y bravos roncaleses,
cuyo impetuoso ardor muestra el coraje
y el fiero orgullo que sus almas sienten.

Talado el valle en que tranquilos viven,
yermo y erial el campo, que es deleite
de una dulce existencia consagrada
al trabajo que ensalza y ennoblece;

heridos en su honor; de sus hogares
viendo la llama que el incendio prende,
y mustias casi en los feraces surcos,
por huella vil, las sazonadas mieses;

con odio horrible, que en su ser no cabe,
la lucha aguardan, su coraje encienden,
y sucédese al hierro que dá vida
el hierro vengador que dá la muerte.

Al eco rudo de la voz airada
del bravo paladín que lucha y hiere
por defender su hogar, únese el grito
de aquellas que, en su amor, deshechan débiles

el miedo femenil. Con santo orgullo
Roncal las mira; su virtud protege
el pecho herido con deshonor infame
que á impulsos late del valor que sienten;

y pues, rastrojo de villana tropa,
se presenta desnudo el campo fértil,
arde la mies y el codiciado fruto
es monton de cenizas, aun calientes;

si no hay labor que la faena aguarde,
si el valle y la montaña no consienten
que haya más huella que la digna y noble
del guerrero vascon, que triunfa ó muere;

¿que sufrida mujer no alienta el paso
y el rudo empuje y la bravura fuerte
del marido á quien ama y cuyos ojos
con rabia miran la heredad estéril?

Y cuanto más su voz atruena el aire
más el hierro se ensaña, más potente
lo aguza el roncales, más fiero cruje,
pavor sembrando en la enemiga hueste.

No de otro modo el huracan bravo,
nuncio de asolacion que el hombre teme,
en el cóncavo azul, en donde brama,
con furia atronadora se estremece;

y nubla el sol, y la campiña azota,
y el bosque tala y los espacios hiende
con impetu feroz, sin que haya muro
que oponga dique á su terror creciente.

Las tropas del Califa, amedrentadas
con tan súbito empuje, retroceden,
mientras la güecia que el navarro esgrime
hace morder el polvo á los más fuertes

guerreros del Islam; y el hierro vibra,
y el valle ya no es valle, es un torrente
de sangre infiel, en cuyo rojo cauce
su honra el bravo vascon lava con creces.

Al ver Abderraman que sus soldados
el golpe esquivan y el semblante vuelven
donde la fuga está, donde, medroso
reina el escarnio del pavor rebelde,

dá espuelas á su potro de batalla,
las haces une y sin piedad promete
horroroso castigo al que abandone,
sin justa causa, el campo que defiende.

Mas... ¿que importa su ardor? ¿Acaso, humilde,
pobre y sin fuerzas, al arroyo débil
le es dado resistir el ciego empuje
de las furiosas aguas del torrente?

¿Le es tambien dado al mar, cuando, sañudo,
el *Noto* brama y la tormenta crece,
avasallar las encrespadas olas
si no hay freno que, indócil, las sujete?

Pueblo que lucha por su honor y patria,
que ama la libertad, que no consiente
extraña ley que su decoro humille,
ni otra voz que la voz de sus deberes;

Pueblo, como el vascon, donde hay virtudes
que el vicio enfrenan y el vigor sostienen,
ni sucumbe, ni ceja, ni es vencido,
pues, resuelto á luchar, triunfa ó perece.

Sin concierto ni union; sin rumbo fijo,
que las mueva en la fuga y las ordene,
las legiones de Agar *Arando* pisan
y allí, furiosas, á la lucha vuelven.

Mas...¿que fuerzas, que impulso, que esperanza
les queda ya, si en el combate estéril
no hay valor que á su hierro dé coraje,
ni dulce fé que su designio aliente?

Los vascones, en cambio, la victoria
miran cercana; terminar pretenden
la lid, en que su esfuerzo y su bravura
el triunfo logra y la perfidia vence.

Con ímpetu mayor, que no desmaya
ni al cansacio se rinde, luchan, hieren,
persiguen al infiel, raudos destrozan
sus apiñadas filas, impacientes

le estrechan sin cesar, y el sol radiante,
que, en torno, el brillo de su lumbre vierte,
tiñe de luz el campo en que Navarra
su ley pregona y su virtud defiende.

Ya de Roncal los esforzados hijos
no el duelo insano de su afrenta temen,
ni el instinto rapaz de las legiones
que en su fuga cobarde se mantienen.

Vasconia, airada, sus intentos viles
por doquiera vengó; sangre de infieles
corre por la llanura; en sus arroyos
la grüecia forja indestructible temple.

El surco, en que la mies yace incendiada,
oculta aquella sangre, la disuelve
en átomos sin fin, porque la espiga
en ella tome sus vitales gérmenes,

su existencia fecunda; y cada grano
que el labriego vascon recoja y siegue
sea prueba, de hoy más, de la venganza
que ni al temor ni á los peligros cede.

La madre de Rotrón, la triste Fronia,
seco el llanto traidor que brotar quiere
por el hijo infeliz, que era su amparo,
con Garci-Osés está; rige valiente

su corcel trotador; en la batalla
anima á los furiosos roncaleses
con gritos de venganza que retumban
en el cóncavo azul; y, aunque rebelde,

lágrima fugitiva deslizarse
intenta por sus párpados, no puede:
que el fuego del coraje es tan airado,
y tal, de Fronia, en el semblante prende,

que el lloro á su contacto se evapora,
en vengativa llama se convierte,
y roba al sol sus encendidos rayos
que el triunfo auguran y al espanto mueven.

Raudo y veloz el vasco, la llanura
de Arando pisa ya; carga potente
sobre el roto muslin, que auxilio clama,
sin que otro auxilio su pavor le preste

que el del ciego coraje; y pues el monte,
con sus quebradas, riscos y pendientes,
el paso cierra á las vencidas tropas
y otro lugar de salvacion no ofrece

el llano á Abderraman, que la *Cañada*
que *Real* se nombra; parte, se entromete
por su estrecha garganta, y cuando juzga
que el tortuoso camino libre tiene

para huir sin temor; cuando, en sus ansias,
mas el brio del vasco esquiva inerte,
otro muro mayor le cierra el paso
porque el castigo á la ambicion refrene.

Son tres rocas abruptas que imposible
se hace á nadie escalar, sin que antes ruede
al hondo precipicio, en cuya sima
su horror esconde la sañuda muerte.

Ayes, blasfemias, gritos, maldiciones
los árabes exhalan; no hay quien piense
la barrera salvar que, formidable,
su vergonzosa humillacion detiene.

En apiñado grupo se destrozan
á sí mismos infantes y jinetes;
y los salvajes potros se encabritan,
y al contacto del hierro se estremecen

que sus ijares rompe; el mismo muro,
que libertad á la Vasconia ofrece,
en sus cimientos tiembla; se desgajan
de la cumbre los riscos más potentes;

ruedan, alzando al sol nubes de polvo
que el cielo cubren y el espacio envuelven
en impalpables sombras; su rujido
el desorden infunde en los que, inermes,

luchan para salvarse; y el estrago
y el estermínio es tal, que más parece
la cólera de Dios la que se agita
que terrenal venganza la que ofende.

Los navarros, entonces, impetuosos
su victoria prosiguen; se envanecen
con el cercano triunfo; á la *Cañada*
vuelan con raudo afan, y, porque tiembla

el innoble Califa y sus traiciones
en el suelo vascon pague con creces,
le obligan á escalar aquella cumbre
á que, espantado, por su mal asciende.

Despues... gritos de horror; la abrupta roca
huella no admite que, tremenda pese
sobre su suelo libre; los peñascos
furiosos hasta el valle se desprenden;

arrastran al infiel en su caída,
á la llanura, exánime, le impelen,
y en informe monton de carne humana
de Agar se trueca la cobarde gente.

Los que suben detrás, horrorizados
por la inmensa hecatombe que se ofrece
á su atónita vista, al cielo piden
más fácil salvacion; sus pasos vuelven

á la *Cañada real*; pero el camino
que esta forma del monte en los repliegues
de vascones se cuaja, y es seguro
que allí sucumba el que librarse intente.

Los árabes vacilan; los navarros
cargan con nuevo ardor, les acometen;
tornan roja la güecia ensangrentada
que el peso invicto soportar no puede

de tan glorioso triunfo, y á la lucha
término ponen ya cuando comprenden
que el patrio honor esclarecido brilla
con el lauro inmortal que lo engrandece.

Pueblos cuya ambicion, nunca domada,
Vasconia humilla y en sus campos muere:
no olvideis que ese lauro asaz retoña
y escuda, altivo, venerandas leyes.

No olvideis que en Navarra existe un muro
que freno o pone á la codicia aleve
cuando, vil y menguada, holla los riscos
que circundan las cumbres del Pirene.

5.º

Otra vez fugitivos por la vega,
llenos de espanto, los muslines corren;
encubriendo sus rostros, porque temen
que el baldon de la fuga les sonroje.

—
La misma luz, que moribunda tiñe
la ensangrentada tierra, oculta, informe,
su incierta claridad; ni un solo rayo
logra, tenue, llegar al horizonte.

—
Para los vascos brilla; solamente
al paso de los árabes se esconde,
y hay brumas, lobreguez, sombras que afrentan
en la cúspide enhiesta de los montes.

—
¿Qué hiciste, Abderraman, de tu mesnada?
¿Qué de aquellos invictos escuadrones,
para los cuales el furor guerrero
forjaba rayo de impaciencia enorme?

—
Tú los viste caer; todos al filo
sucumbieron del hierro, cuyo mote
es «*patria y libertad*»; si alguno queda
en vano escucha tus dolientes voces.

—
Estás solo, vencido; tierra y cielo
conjuran contra tí sañudos móviles,
y los genios del mal, ante tu vista,
vengativos y hostiles se interponen.

—
Rasga el ijar de tu corcel valiente;
no consientas desmayo en su galope;
salva zanjas, arroyos, hondas simas,
escuetas lomas y poblados bosques;

—
porque sigue tus huellas quien, airado
tu infamia horrible y tu maldad conoce,
y no existe poder que te defienda,
ni el odio aplaque y la venganza estorbe.

Vacila tu corcel; sangrienta herida
hace inútil su esfuerzo y tus clamores,
y ya es vano tu empeño porque vuela
y así el designio de la fuga logres.

En ruidosa algazara, que no ceja,
de euskaldunas un grupo hacia ti corre
con estrépito tal, que á su rugido
se amortiguan los ecos de la noche.

En lugar de caudillo que les guíe,
á una débil mujer se entregan dóciles,
y el rudo potro con furor impelen
hacia el paraje en que tu rabia escondes.

Ella es Fronia; te ha visto; saciar quiere
de su justa venganza los furoros
en tu maldita sangre, y con denuedo,
la lanza esgrime y las tinieblas rompe.

Agotadas las lágrimas y seca
la amarguísima fuente en que no coje
otro nuevo raudal; puesto que el alma
ira y ciego furor manda que brote,

la madre de Rotrón llama en su auxilio
á los genios de Euskaria defensores;
ruega al cielo despues, del hijo amado,
triste, se atreve á pronunciar el nombre,

y dejando aquel grupo, en que los vascos
hazaña esperan que inmortal corone
el triunfo de Navarra, se aproxima
á do el caudillo permanece inmóvil.

—Mirame, Abderraman; Fronia le dice;
que es inútil; lo sé; no me conoces:
pero yo, que conozco tus infamias
y persigo, constante, tus traiciones,

pronto quiero alegrar al hijo mío,
que, horrible, grita con airadas voces
del fondo de su tumba: ¡madre! ¡madre!
Dios en tu diestra la venganza pone.

Necio osaste juzgar que, impunemente,
se mancilla y ultraja á un pueblo noble:
tú, verdugo de vascos indefensos
y caudillo de pérfidos traidores.

Pero el cielo no deja sin castigo
ni maldades, ni infamias ni ambiciones;
y es justo; Abderraman; puesto que, airado,
te arroja ya del precipicio al borde.

—¡Piedad! ¡piedad!

—En vano tus lamentos
llegarán hasta mí; Fronia no acoge
súplicas que Rotrón, mártir de Euskaria,
airado y friste, por tu mal desoye.

—¡Compasión!.....

—¿La tuviste cuando, inerme,
víctima de la furia de tus cómplices,
cayó el pobre doncel? ¿Por qué su vida
no hiciste respetar? ¿Habla, responde?

—Sé clemente.

—Imposible.

—Considera
que si puedo lograr que me perdones
yo haré que el llanto que tus ojos cubre
con riquezas y dádivas se borre.

—¡Infame! ¿Qué escuché? Mujer euskara
antes que madre soy; tu labio torpe
mudo debe quedar; ya en vano pides
que, compasiva, mi furor reporte.

En mi poder estás; á tu Dios ruega:
pues yo, sañuda, de mi patria en nombre,
hundó en tu corazón el libre acero,
que venga altivo tu alevoso golpe.

Calló Fronia; el Califa cayó en tierra
arrojando su sangre á horbotones,
y á su grito postrer valles y cerros
con mil ecos de júbilo responden.

Siempre lo propio harán cuando otro déspota
insulte á los honrados moradores
de este bravo país, que solo el yugo
de su firme constancia reconoce.

—
Y la inicua ambición de extraños pueblos
muro hallará que su perfidia estorbe
mientras viva un vascon que libre aliente
y duro hierro en sus montañas sobre.

Pamplona 11 de Junio de 1886.



PRECIO 1 PESETA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Los mártires de la pobreza—Novela social—2 tomos. . . .	4	pts.
El cuadro de la Madonna—Novela de costumbres—2 tomos. . . .	3	„
Ensayos críticos sobre el arte dramático moderno—1 tomo. . . .	1'50	„
Últimos arpegios—Composiciones premiadas—un folleto en 4. ^o . . .	1	„
Notas y Preludios Id. id. un tomo. . . .	2	„

PRÓXIMAS Á PUBLICARSE.

Bocetos y acuarelas.

Coleccion de artículos literarios.